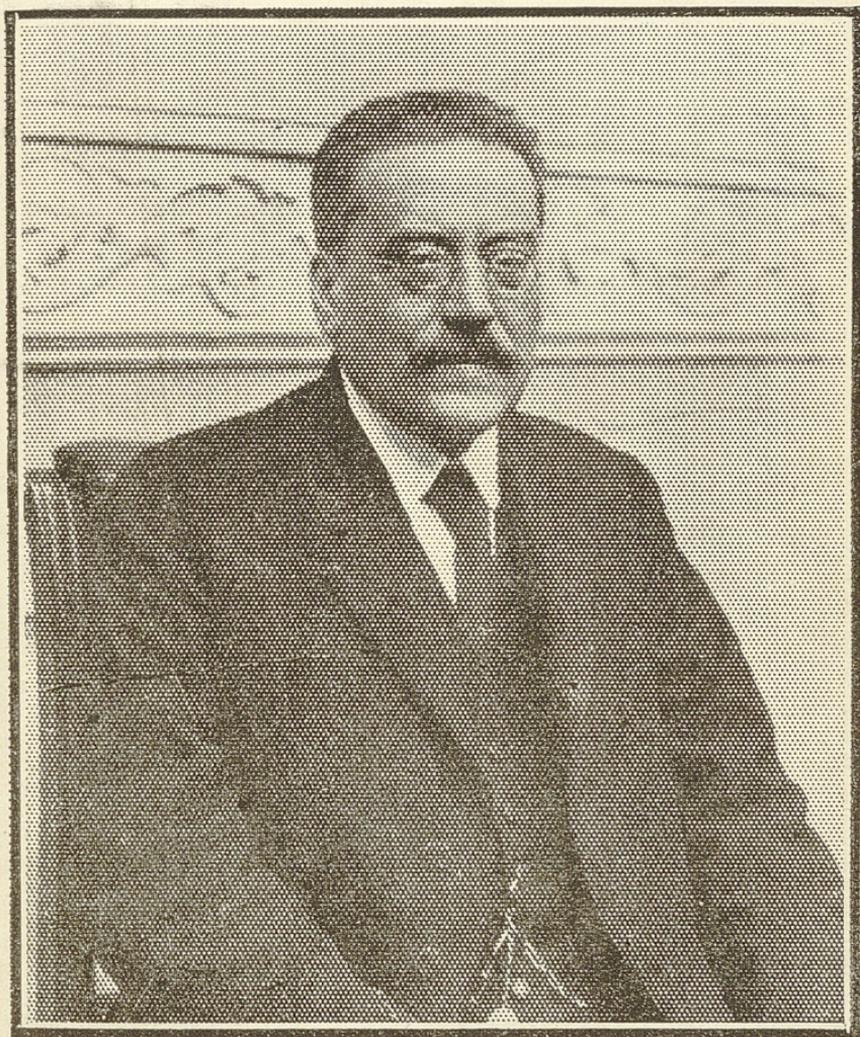


# REVISTA CHILENA

DIRECTOR:  
ENRIQUE MATTA VIAL

TOMO XIV

SANTIAGO DE CHILE  
1922



**Don Enrique Matta Vial**

Fundador y Director de la «Revista Chilena».  
Fallecido el 14 de Julio de 1922.



## DON ENRIQUE MATTA VIAL

Fué sabio, justo y bueno, cabría decir de este hombre, que no se acabará de morir en muchos años, porque tuvo ese raro don de ubicuidad que le mantiene redivivo entre nosotros. Docto, en todo la noble aptitud del vocablo, no porque sus conocimientos sólo resumieron fría e inútil bibliografía, sino porque cuanto estudió estaba en él palpitante de sensibilidad, lleno de renovada vida. Justo, porque jamás la pasión, el encono o el halago torcieron sus decisiones: obró como pensaba, con esa rectitud que emana de una condición única: la honradez. Bueno, porque siempre prodigó con indulgencia sus juicios, siendo el menos severo de los hombres para con los otros y el juez mas rígido con sus propios actos.

Nada quiso jamás para si mismo y sólo supo darse entero para el bien de las cosas de su tierra. He aquí el ejemplo típico, el espejo clásico del verdadero patriotismo: servir con esa humildad resignada, con ese firme propósito que se ocultan para no ser vistos; servir a su tierra en cuanto signifique una obra fructífera, una acción de interes humanitario, una labor de dignidad colectiva, sin vanos alardes de trompeteria, sin procenios de exhibición, sin clarinadas de fáciles homenajes; servir como quería Marco Aurelio, con los ojos bien abiertos y con la limosnera mano ausente; servir acercándose a los humildes, a cuantos andan solitarios por los caminos de la vida, con una estrella en la frente y el corazón anheloso.

Los que sólo le conocieron de lejos le creían exclusivamente perdido en un mundo anacrónico, en el reino de los viejos libros y de las cosas exiguas de un arcaico pasado. Sin embar-

go, ninguno acaso, en las actuales horas inciertas, vivía con el corazón tan inquieto en el temor de algo que él temía, presintiendo como una obstinada pesadilla. Tanto quería a su tierra, con ese noble amor del padre por la esposa y por el hijo, que la incertidumbre de los oscuros presajios, que adivinaba en el horizonte, le conmovían hondamente. Y no es que fuese el suyo un espíritu retardatario, ni sus ideas las de un encogido misonista: por la inversa, su liberalismo estaba a prueba de blandos resentimientos, porque era un liberalismo respetuoso de su tradición y de sus leyes, formado como el de Mac Iver o el de don Marcial Martínez y don Julio Zegers en la doctrina y en la práctica de la escuela inglesa, que ha dado a la política el sentido nobilísimo que deseaba Aristóteles para todas las relaciones del ciudadano con el Estado. Era, en suma, liberal de la vieja escuela, spenceriano ferviente, ecuánime y tolerante, respetuoso del pasado, en el cual siempre su alma sencilla de buen chileno, sintió la mejor razón de un fundado orgullo. ¿Quién pudo sentir como él igual veneración por los padres de la patria y por los próceres de los primeros años de la República? ¿Cuándo encontraron mejor defensor Portales y Freire, Montt y Santa María?

Espíritu esencial y fundamentalmente cuerdo, *spiritus rector*, le concedía a cada cual lo suyo: a los antiguos gobernantes el respeto y la veneración, porque fundaron consolidándola; la República, y le dieron sus leyes, para las generaciones de mañana, una atención indulgente y un interés siempre alerta. A menudo solía repetir, cuando se trataba de defender las exaltaciones moceriles: son jóvenes y la vida, a los veinticinco años, siempre fluye desbordada; a veces los jóvenes tienen más razón que los viejos, que no se cansen antes de tiempo, porque demasiado pronto dejarán de ser jóvenes; por lo demás, pensemos con Lamartine: viva la juventud, con tal de que no dure toda la vida.

Ninguno conocía como él las cosas y los hombres del viejo Chile: en la charla frecuente, que se hilvanaba en la tertulia de la librería Miranda, pequeño cenáculo íntimo a donde concurrían cotidianamente don Augusto Orrego Luco, don Julio Vicuña Cifuentes, don Miguel Varas Velasquez, don Miguel

Luis Amunátegui Reyes, don Carlos Estevez, don Alberto Edwards, don Ricardo Montaner Bello, Omer Emeth, don Anselmo Blanlot, don Domingo Amunátegui, don Samuel Ossa Borne, don Alberto Cumming, para no mencionar mas que a los habituales concurrentes, él solía repasar viejas memorias o atizar antiguos recuerdos, colocando sobre el tapete de aquella anacrónica actualidad, anécdotas y hechos que hacian de tal reunión la mas sabrosa, amena e instructiva de las pláticas. Allí se discurría sobre los buenos dias pasados, como si los contertulios participaran de análogos gustos en el revivir de un año para ellos presente. Había calor y había pasión, a veces, cuando el sesgo de la charla derivaba hacia los acontecimientos políticos que solían dividir las opiniones. No todos podian estar conformes cuando se justipreciaban los actos de gobiernos como los de don Manuel Montt, de Santa María o de Balmaceda. Parecía renacer el viejo antagonismo de pipiolos y pelucones, la áspera divergencia que jamás, sin embargo, encoñándolo rozó el durable mutuo aprecio entre los contertulios.

¡La tertulia ha desaparecido ya! La implacable segadora tronchó muchas de esas vidas, que se rindieron calladamente, dejando en el círculo un claro que hacía más visible la melancolía del recuerdo. El testigo de aquel renovado hablar, don Guillermo Miranda, editor entusiasta hace algunos años, amigos de todos los contertulios, curioso también de los viejos libros, entendía como ninguno a todos los del grupo, donde de cuando en cuando iban a escuchar la cháchara inquietos benjamines, que ensayaban sus primeras actividades poligráficas. ¡Cuántas cosas buenas nacieron en aquella tertulia! ¡Cuántos proyectos de libros interesantes no cuajaron al calor de ese atizar cotidiano de opiniones, que solía encender entusiasmos y germinar en surcos propicios! Allí, instado por el interés siempre generoso de don Augusto Orrego Luco, concibió Ernesto de la Cruz la idea de preparar los epistolarios de O'Higgins y de Portales, el primero editado dentro y fuera del país y el segundo casi terminado ya; allí decidieron también a publicar su admirable «Cosecha de Otoño», a don Julio Vicuña Cifuentes, y al Doctor Orrego Luco sus inolvidables «Retratos»; y allí también se preparaba y solía discutirse el material que su director

buscaba o pedía para la REVISTA CHILENA, siempre preocupado de contribuir en el progreso de nuestra cultura.

Acaso en este hombre ejemplar la mayor de sus cualidades estaba subordinada a un defecto lamentable: la falta de amor propio, que siempre le impulsó a ocultarse, a rehuir toda preocupación de publicidad. ¡Cuántos libros hubiera podido escribir! ¡Cuántos volúmenes llevaba maduros en su reflexión y en su conocimiento de nuestras cosas! Los que a diario tuvimos la fortuna de participar de los dones de su cultura, deseábamos verle inclinado sobre las carillas, escribiendo cuanto sabía y todo lo mucho que había logrado arrancar a los libros y a su fina experiencia de la vida. Prefirió no publicar nada y contribuir por entero a ayudar a los demás. Sin embargo, una grande, enorme labor, realizó calladamente, obra que muchos ignoran y que perpetuará su nombre: la publicación de revistas y libros, que caracterizan claros períodos de nuestra cultura. Ahí está esa enorme colección de historiadores de la Independencia, especie de Monumenta Germánica de toda una época, por la amplitud de la documentación y el acopio de noticias y libros reunidos en sus páginas. Amplio emporio de la historia nacional, en ella se encuentran la documentación hasta entonces casi inédita del Diario de Carrera; el Proceso de 1813; las memorias atribuidas a O'Higgins; algunas obras escasas de extranjeros referente a Chile, como la de Torrente; el juicio de defensa de O'Higgins contra el libelo de don Carlos Rodríguez, hermano del caudillo; algunos papeles concernientes al General Mackenna; las memorias de Lord Cochrane el primero y segundo tomos, inéditos hasta entonces, y a la vez el ya publicado sobre la guerra de la Independencia de Rodríguez Ballesteros.

¿Qué decir de la *Revista Chilena de Historia y Geografía*, iniciada por él en pequeños cuadernos, que luego han pasado a constituir una prolija enciclopedia de las investigaciones de este orden en Chile, y que todo investigador futuro tendrá que consultar porque en sus colecciones se almacenan centenares de obras y cosas que responden a valiosas investigaciones, a estudios formales? Cuando él dió a la estampa esa revista pudo creerse que se malograría su esfuerzo, de tal manera una

publicación en esa especialidad parecía prematura en el país: sin embargo, de ahí, como han corrido los años y como esa Revista no sólo ha prosperado sino que pudo dar también vida a una institución única en Chile como es la Sociedad de Historia y Geografía, en cuyo seno se ha realizado una labor de difusión histórica y geográfica de inapreciable valor. Y todo eso es obra que impulsó la constancia entusiasta de este hombre, que tuvo el generoso don de apadrinar cuanta obra cultural se intentaba, ocultando su mano y su pericia utilísima.

Y no se crea que su actividad cultural abarcaba solamente las producciones de carácter histórico porque, en fuerza de ser el más goloso de los lectores literarios, no perdía ocasión de acoger con viva simpatía cuanto se refiriese a la simple producción artística. Un antecedente para la fundación de su amplia y valiosa *Revista Chilena* lo había constituido aquella interesante *Revista Nueva*, que él dió a la publicidad con aquel otro escritor talentoso, víctima de injustificados ataques, que se llama Enrique Hurtado y Arias quien, como Matta Vial, sólo ha querido prodigar su originalísimo talento bajo el anónimo de la volandera producción periodística.

Vá corrido ya un cuarteto de siglo desde aquellos días cuando, en la librería de Baldrich, situada en la calle de los Huérfanos, se reunía en tertulia que, burla burlando, con inofensiva y punzante intención, denominaban de los filósofos chinos.

«Algunos años ha, escribía hace poco Ernesto de la Cruz, se reunía en una librería del centro comercial, un grupo de jóvenes *amateurs* de las letras y las ciencias, que con frecuencia se engolfaban en ardientes discusiones sobre filosofía y política. Se llamó a esa tertulia *de los filósofos chinos*, y a ella concurrieron en los albores de su carrera, don Ricardo Montaner, don Arturo Alessandri, don Julio Pérez Canto, don Carlos Palacios Zapata, don Nicolás Peña Munizaga, don Gustavo Valledor, don Samuel Ossa Borne, don Luis Navarrete, don Enrique Matta Vial, y otros muchos que han alcanzado, andando el tiempo, situación prominente en las letras, la política, la administración pública o el magisterio».

Entonces, como hasta hace poco, talvez con más vivo ardor juvenil, se hablaba allí de cuanto se escribía y se pensaba y en

mas de alguna ocasión, esa charla contribuyó a alentar algún obscuro esfuerzo a la voz de entusiasmo, para tal o cual escritor que comenzaba.

Y fué por aquellos días cuando Matta Vial y Hurtado y Arias, vinculados por ininterrumpida amistad, asociaron sus esfuerzos para intentar la publicación de ese cuaderno interesantísimo la *Revista Nueva* que anticipó tantas y tantas firmas de los escritores noveles de entonces, gloriosos hoy. Después de las excelentes revistas literarias que se habían sucedido hasta esa época, la nueva publicación importó un esfuerzo novedoso y personal. Se recojieron en sus páginas las mejores producciones nacionales, las memorias del sabio Domeyko, los ecos amplios de la literatura europea; se publicaban noticias y fragmentos sobre los libros nuevos, y la acerada y brillante pluma de Hurtado y Arias ensayó mas de una cruel vivisección de algún escritor nacional. Constituían una novedad en sus páginas la trascripción de cuentos y novelas cortas, de autores que entonces eran poco menos que totalmente ignorados, como Tchekow, Wilde, Blasco Ibañez, Lindau, Korolenpo, Chocano, Unamuno, Bjoerson y Elysio de Carvalho y en el anuncio de cuantos progresos realizaban en el exterior las actividades de la ciencia.

Si anónima, voluntariamente ignorada, fué toda esta su obra de publicista, la que logró realizar como funcionario público, desde cargos tan importantes como los de Subsecretario en el Departamento de Instrucción y Visitador en las reparticiones de enseñanza comercial y especial del país, fué no menos silenciosa como tan fructífera y reproductora. En el seno de la Comisión de Enseñanza Comercial tuvo él a su cargo, participando en ello con don Guillermo Subercaseaux, la parte directiva de esta rama de la instrucción pública y los Institutos respectivos le deben a él no pequeña parte de su prosperidad. En la Subsecretaría fué siempre protector decidido de todas las instituciones científicas y a él se le deben, en gran parte, las publicaciones realizadas por la Universidad de Chile y por la Biblioteca Nacional: las observaciones metereológicas, los estudios antropológicos, los volúmenes relativos a expediciones geográficas, la publicación de obras de don José Toribio Medina, de

don Crescente Errázuriz; la colección de viajeros, en la que figuran María Graham, Byron, Miller, Feuillet, Frezier, reconocen su impulso, sus gustos, su preocupación y su enorme y amplísima cultura.

No fué, por cierto, toda esta enorme y constante labor brillante ni personal, porque la modestia incorregible de este hombre pecó por su excesivo celo. Así como gustaba de contribuir al triunfo de los otros, desaparecía en tratándose de lo propio. Jamás olvidaremos aquellos días en que, habiendo sido elegido, por unánime acuerdo, como individuo de número de la Academia Chilena, se vió obligado, urgido, a preparar un discurso de incorporación. Su primer impulso fué renunciar tan señalado cargo y sólo la intervención amistosa de algunos de sus mejores amigos pudo hacerle desistir de sus firmes propósitos. Impaciente, molesto a veces, airado otras, le veíamos a diario, obsesionado por la idea de ese trabajo. Un día se resolvió a emprender su labor y, con esa facilidad característica en él, se documentó rápidamente, escribiendo un estudio definitivo sobre Pedro de Oña, en el cual el acopio de documentación, la claridad del juicio constituyen una interesante prueba de sus aptitudes como escritor. Esa página llegó a completar cuanto había publicado hasta entonces don José Toribio Medina en su obra sobre la literatura colonial y en su edición monumental de las obras de Oña.

Este trabajo, mejor que cualquier testimonio, prueba cuanto hubiera podido realizar Matta Vial si se hubiese propuesto dedicarse a los trabajos históricos, que contaban entre sus decididas dilecciones espirituales. Pero, esa incorregible modestia, malogró tantas ideas generosas y tantos libros que pudieron nacer de su pluma. Así, entre los papeles de su riquísima biblioteca, han quedado abundantes apuntes sobre derecho constitucional, materia que conocía profundamente y sobre la cual recientemente el Presidente de la República solicitaba su definitivo juicio para algunos proyectos sobre interesantes reformas. Así también durante las presidencias de Errázuriz Echáurren y de don Pedro Montt su consejo y sus luces constituyeron la más frecuente y preciosa de las colaboraciones en las altas tareas del Gobierno.

Quien le vió tan modesto y tan sencillo, siempre escondido detrás de si mismo, no pudo pensar jamás que esa apariencia engañosa ocultaba un gran corazón y un cerebro privilegiado, reguladores de una vida que sólo conoció las altas normas y los nobles fines. Recto, con esa rectitud que ogaño parece importar una virtud anacrónica, en pocos como en él se cumplía el precepto evangélico cuando prodigaba sus acciones generosas: siempre la mano derecha ignoró lo que realizaba la izquierda.

Sus gustos, su manera de ser, sus dilecciones intelectuales, añoraban otros días, de los cuales sólo era él un eco redivivo. Muchos de sus amigos habían muerto ya, y sus libros de elección correspondían a otra manera de sentir y de pensar. Nadie como él explicaba ni se encuadraba mejor en una época como la de la pasada centuria: formado cerca de la generación de promedios del siglo diecinueve, supo participar de todas sus cualidades sin desconocer sus defectos. Como sus inclinaciones predilectas le llevaban hacia los campos de la historia, llegó a conocer la de nuestro país hasta en sus detalles más ignorados, viviendola en gran parte ora directamente o ya a través del testimonio vivo de quienes fueron sus maestros y sus amigos. Su cotidiana charla, espiritual y sencilla, resumía ese conocimiento familiar de las cosas y de los hombres que comenzamos a mirar proyectados en la perspectiva de un pasado que sólo pertenece a los libros.

Los libros eran su preocupación constante, o, mas bien dicho, su pasión única. Su mejor salón lo constituía la antigua librería donde cada tarde solíamos verle, mirando sin ver sus pupilas cansadas y descoloridas, a través de los cristales de sus lentes, mientras atizaba la cháchara amable, que rodaba soñolienta, en el seno del viejo almacén de los libros. De memoria conocía él todos los viejos libros, sin embargo, su curiosidad nunca satisfecha hurgaba en los volúmenes frescos, buscando la vibración nueva de la sensibilidad de última hora o el rasgo original de las individualidades insospechadas. Goloso de lecturas, nadie como él había leído tanto, aunque era el más avaro en prodigar cuanto sabía por sincera e inflexible modestia.

Existencia sin novedad la suya no alteró jamás la recta constancia de sus inclinaciones: de su casa a la librería, y de ésta a la Biblioteca Nacional, solían verle cotidianamente cuantos le conocían y le estimaban entrañablemente. Su paso cansado, sus ojos sin luz, su espalda doblada, su traje sencillísimo, parecían extrañar todo lo actual, en medio de la vida tumultuosa de la hora presente. Era un hombre de 1880, por todo lo que en su corazón y en sus gustos había del viejo Chile, de la sociedad de antaño, de la antigua política, de las viejas casonas y de los cenáculos de entonces, donde se confundían los más elevados hombres públicos con los humildes pasantes de nuestros liceos. Su conversación y el dejo melancólico de sus recuerdos nos le hacían sentir alejado de la hora que vivimos, en medio de la cual priman virtudes menos aquilatadas que las que en sus años moceriles solían elevar a los hombres.

Durante los numerosos años que formó parte de nuestra administración pública, trabajó en silencio gozando de esa confianza ilimitada que otorgan los gobiernos a los funcionarios cuya capacidad y cuya probidad les erigen en oportunos mentores y en necesarios guías. En mas de una ocasión el Presidente de la República quiso tenerlo muy cerca llevándolo a alguna Secretaría de Estado, cosa que jamás aceptó su modestia incorruptible y su sencillez exenta de ambiciones. Nunca hubiera querido él interrumpir la isocrónica actividad de su vida, durante la cual no ocurrió cosa alguna que llegase a alterar sus costumbres. Su ideal humano era tan sencillo que nada podía tentarle o acelerar su paso tranquilo, ese paso seguro de quien puede reclinar en paz su cabeza sobre la almohada, para no despertar al día siguiente, porque no tiene nada de qué arrepentirse. Así se ha ido este hombre bueno y único, en silencio, reposadamente, hacia el seno de la muerte, que nunca aguardó con sobresaltos, porque era para él como una buena amiga a quien se espera encontrar en una hora cualquiera de la vida.

ARMANDO DONOSO.

